

# OLIVE BRUS

DANA  
HART



A dos cuadras de mi casa existe un centro geriátrico, un lugar en donde encierran a las personas ancianas para que mueran sin que nadie se de cuenta del dolor y el sufrimiento que eso provoca. Justo a la salida del centro, han puesto un paradero de micro, igual a todos los demás, con los postes, un techo transparente que cuida de la lluvia, un letrero y un banco para sentarse. Pero no pasa locomoción por allí, por esa calle, no andan micros, ni colectivos, ni taxis. El paradero es ficticio, está puesto ahí de modo imaginario, es una trampa, para que las personas viejitas que se escapan del geriátrico, se sienten a esperar en una parada en la que nunca llegará ningún chofer. Es también una metáfora de la vida misma, ¿no estamos acaso, de manera permanente, en un paradero desierto, al que nadie va a llegar a buscarnos?



Se fue con mi novio, mientras yo estaba en la sala de parto. El doctor me estaba cortando la vagina, dijo que después me iban a tener que dar solamente dos o tres puntos, me terminaron por dar catorce. Decían que no salía. Me inyectaban oxitocina directo a la panza. Y no salía. Hubo que abrirme, dijeron, tajearme de par en par. Y mientras tanto ella se fue con él, con el papá de mi bebé, con quien se supone tenía que sostenerle, cambiarle por primera vez, ponerle la ropita nueva de elefante que habíamos elegido juntos. Pero no, nada de eso pasó. Me dejaron en descanso dos horas y cuando me devolvieron al bebé, lo había cambiado una enfermera. No vino nadie a vernos. La sala de espera era una sala vacía, que más bien parecía el consultorio de un mal dentista o de un cirujano escandalosamente carnicero. No tuve tiempo para enojarme, al principio, porque las inyecciones de oxitocina

me habían llegado a la cabeza. Cómo me iba a imaginar que mi propia madre, se iba a escapar con mi novio de esa manera. Fue una especie de fuga. Creo que lo último que vieron de ellos fue, cuando dejaron las puertas abriendo y cerrando por el bamboleo. Qué pena y qué tristeza. No llevará su apellido. Pero yo siempre llevaré el de ella. Al cabo que seguramente se arrepienten un día de estos y vuelven, con la cola entre las patas, a pedirme que los perdone, que les deje ver a mi hijo. Pero no. No los perdono. Ni pueden ver a Nathaniel. ¿Cómo se atreven? Con la personalidad que tiene ella, es capaz de querer llevárselo también, aunque es un bebé, no perdería el tiempo en intentar seducirlo. ¿Quién sabe? No me voy a confiar, claramente. Si ya se llevó al padre, porque no habría de llevarse al hijo. Es una pena, realmente una verdadera lástima, que no lo vayan a tener entre los brazos, que no le cante esas canciones de abuela ni le haga las comidas especiales que los niños tanto aprecian. Y que no tenga papá que lo lleve a la escuela, que lo bañe cuando yo estoy cansada o que le enseñe a jugar a la pelota. Nadie lo llevará a la cancha, ni le hablará de mujeres, ni de masturbación, ni de ninguna de esas cosas. Seré yo la que deba hablarle. ¿Le contaré lo que pasó entre su papá y su abuela? O tendré que inventar mil historias en las que ellos no queden bien parados, pero tampoco demasiado mal, como para que no sufra. ¿Qué podría decirle? Que su padre murió trabajando, que su abuela murió en la cocina, mientras asaba un pollo. Que ambos lo amaban con locura, que era la luz de sus ojos, que jamás hubiesen decidido por motus propio apartarse de él. ¿Y si se lo encuentran algún día por la calle, y ellos me gritan para verlo? Sería como ver a un fantasma. Qué cara duras tendrían que ser, pero ¿y si lo hicieran? ¿Cómo le explico que le mentí?

Mejor le digo la verdad, y que con la verdad haga lo que pueda. ¿Y si por esas cosas de la vida, ellos tuvieran un hijo? ¿Qué sería su hijo de mi hijo? No quiero ni pensarlo. Una especie de hermano tío muy extraño. No me sorprendió que mi madre lo hiciera, ya lo había hecho antes, con otros muchachos que conocí durante la vida, amigovios que tuve, que terminaron en su cama, haciéndola jadear como si fuera un perrito faldero. Qué lástima. Tanto potencial que tenían.



La primera vez que el camión salió cargado de esas latas, fue todo un acontecimiento. La gente hacía fila para verlo salir, golpeaban amistosamente la lata y lo rodeaban, abriéndole paso a su vez, para que pudiera avanzar. Fue impresionante. El conductor tocó la bocina y todo mundo gritó alucinado. Dos peonetas que estaban atrás, abrieron la reja y se dieron el tiempo de repartir unas cuantas latas a la multitud, que las abrió en seguida y saboreó al sol, bien frías, recién sacadas de la fábrica. Siempre había tenido mucha mística el camión de Coca Cola, pero ahora, con la empresa socializada, tomaba un contenido totalmente diferente, lo que antes era símbolo de capitalismo y Navidades inventadas, ahora era el ícono de la recuperación, la apropiación por manos de los trabajadores, era un ejemplo de nutrición y a la vez sabrosura como se dice.

Llegó el día. Lo había esperado tanto tiempo y al fin sucedió. Se lo dije a todas las personas que me rodearon desde que tengo 16 años, que es cuando comencé a creer en esta idea. Fue en la Coca Cola que está camino al Aeropuerto, esa que se como un galpón inmenso de cuadras y cuadras y cuadras, rojas, con techo ondeado, esa. Se la tomaron un

día domingo a la noche, esperando que el lunes fuera un régimen diferente, y así fue. No dejaron que entraran los jefes ni los gerentes ni los ingenieros, que se quedaron afuera, tras la valla construida por los cordones de trabajadoras y trabajadores. Porque ahí en Coca Cola la composición es bastante mixta y bastante paritaria, en nada se arrepiente el gran dueño de explotar a todo mundo por igual, hombres, mujeres y niños. Salarios de hambre. Despidos permanentes. Rotación laboral. Precarización. Persecución por organizarse o hacer sindicatos. Baños cochinos. Casino deplorable. ¿Pero qué leyes van a caer sobre la Coca Cola? Ya lo había hecho el Che Guevara en Cuba, dicen que le encantaba la Coca Cola, que siempre lo cuestionaban previamente, hasta que se tomaron la fábrica y ya nadie lo pudo cuestionar. Aquí, ¿sabe qué fue lo primero que hicieron en cuanto se la tomaron? Le cambiaron la receta. Estaba la gente acostumbrada a cierto sabor, así que era una misión poderosa, difícil y complicada, pero con una esencia secreta de poroto negro y café, lograron que quedara miles de veces más nutritiva, no perjudicial y muy sabrosa. La primera vez que me llegó a las manos una lata, con el sello de “Bajo dirección de los trabajadores”, la abrí y el gas me llegó hasta las pestañas. La probé con miedo, pensando que me iba a encontrar con un sabor muy diferente, asqueroso pensé por los porotos negros, pero cuando la probé no lo podía creer, el sabor tan particular, las burbujas, esa suavidad en la boca, y la sensación emocional de estar tomando algo que te hace bien y no mal, fue la gloria. Ahora tomo una al día sin miedo a engordar o a un futuro en el que mis interiores se corroen como la suciedad en las ollas.



Lo vi por las noticias, se fueron a huelga y se les veía adentro de la cabina, con los trajes espaciales plateados, la no gravedad alrededor que se expresa en objetos flotando y la ventanita de fondo estrellado. A huelga. En el espacio. Increíble. Lo más llamativo es que no ganaron, aunque no les pudieron meter metralla, tuvieron que esperar a que llegaran, años más tarde, envueltos en una derrota.



Antes tenía otro trabajo, era mucho más precario que este, así que no me quejo. La gente se ríe cuando lo cuento, no me haga contarlo, se va a reír, siempre lo hacen. No, de verdad que no, por favor. Bueno, le cuento pero apenas, un poco, no se ríe, me tocaba a mi despertarme temprano, muy temprano, tipo 5 de la mañana, y agarraba mi caña de bambú, un palo largo que tengo que alcanza hasta los dos pisos, con un alambre atado bien amarrado fuerte a la punta, y golpeaba tempranito las ventanas de los obreros para que se levantaran y se fueran a las fábricas. No iba a tocar la puerta, ya sabe, para no despertar a toda la familia, qué ridiculez. Pero la ventana, del soñante, siempre cerrada por el viento, suena fuerte cuando se golpea correctamente con el ruido metálico que produce el alambre, tiene que ser un alambre grueso eso sí, no puede ser cualquier alambre, no va a colocarle usted una percha tampoco, porque eso no queda elegante (ríe). Me encantaba hacer eso, era más precario sí, pero lo pasaba bien, porque los viejos amanecían enojados, más de una vez me han tirado algo por la ventana, les oía decir los insultos correspondientes (ríe), hasta que azotaban la puerta, supongo que del baño, en seguida se oía que se habían

levantado por los refunfuños que salían tras la ventana. Claro que abrían la cortina primero, y me avisaban, con alguna cara de dormidos cada vez más espantosa, porque se va a acumulando vicio, el cansancio, de una mañana a la otra, como el deterioro, parece que se fuera uno deteriorando día a día. Y se tenían que levantar e irse al trabajo o sino me llegaba a mi el reto, al primero que iban a ir a reclamarle, o hacía bien mi trabajo o no llegaban, así que si o si, golpeando y golpeando la ventana, hasta que me daban alguna seña o los oía maldecir con los dientes todavía apretados por otra noche de bruxaciones. Y que no fuera a despertar algún bebote y sonara el ruido de su llanto, que eso si era lo menos deseado de todo.



Me lo explicaron varias veces pero no lo entendí, ni la primera, ni la segunda, ni la tercera. ¿Cómo hicieron que saliera tanto fuego de una estatua que simplemente, es de metal y piedra? No sé, materiales pesados, materiales que no se queman, no inflamables, no llamas. No hacen las estatuas de madera. No iban a hacer un general Baquedano de tela en plena Plaza Dignidad, claramente. ¿Cómo hicieron para prenderle fuego? Las llamas flameaban en la noche negra, iluminando las depresiones de la gente que observaba por las ventanas. Yo lo veía desde lejos y no lo podía creer. ¿Quién había logrado que se inflamara Baquedano? Él, siempre tan pulcro y ubicado, siempre en sus cabales. Un fuego milagroso que brota llaman infinitas hasta de la roca, hasta de la piedra. Pues distorsionando lo que dicen por aquí los que se supone que saben, todo lo sólido, puede combustionar.



No fue un accidente. Yo le dije que acelerara. Habíamos tomado. La noche era joven. Pensé que tenía la vida por delante. Que nada me podía pasar. Tenía la seguridad de que iba a estar en ese coche para siempre, sentado, sacando el brazo por la ventanilla mientras el traje marrón claro se bamboleaba con el viento. Mi cuerpo tan grande no entraba cómodamente en el asiento del copiloto, así que mis piernas formaban un triángulo que iba a dar justo a la palanca de cambio. De igual manera no es que la tocara o algo, simplemente nos dejamos llevar por la velocidad. ¡Acelera!, ¡Acelera!, le repetía yo, sin mucha consciencia, hasta que ese árbol no nos vio venir, y nosotros por supuesto tampoco lo vimos a él. Ahora nos ha quedado estampado como una virgencita en el pecho, aunque bien se sabe que yo no creo en esas cosas. Tengo miedo de estar aquí, perpetrado, eternamente, en la angustia, la soledad y el vacío, como un sinfín que no se detiene nunca, por obviedad, ¿cómo iba a hacerlo? Perdónenme mis hijos, mi compañera, ya se que evadí con esto responsabilidades y me entregué a la simple no vida, que debe ser mucho más fácil. No soy un fantasma, no crean en eso. Soy la historia, envuelta en un paquete de regalo que no se entregó nunca. Medio abierta por la mala calidad de la cinta scotch. Esperando algún cumpleaños, una navidad o la ocasión perfecta, para caer en las manos de alguien que tal vez me aprecie, o tal vez no. Soy la navidad envuelta en el paquete de una fiesta que nunca se llevó a cabo. Espero que me entiendan. Tengo la eternidad en el bolsillo.



Me paré y la vi correr. Ya había estado parado sobre ese mismo punto en otras ocasiones, pero ese día pude tener un poco más de consciencia del lugar estratégico en el que me encontraba. Pensar, que si yo cortara la línea, la atrofiara de algún modo o simplemente, lograra detenerla, estaría afectando de inmediato el PIB del país, o eso se dice. Claro que, se necesitaría tan solo una o dos horas, para que una patrulla de mecánicos bien entrenados, volviera a dejarla funcionando, como si nada, y tal vez me llevaran preso por boicot o algo peor. Pero igual cuando la miro correr, lo pienso. ¿Y si nos la tomáramos? Tomar el control, como lo hicieron tantas otras veces en la historia, en la Comuna de París, en la Rusa soviética, en el Chile de los Cordones Industriales, en las Coordinadoras Inter-fabriles de Argentina, ¿y si la tomara? Se ve como una secuencia ininterrumpida de rocas y arena negra que viaja a toda velocidad por la cinta transportadora hasta la magnanimidad del infinito. Se ve, como la materia misma, como si no tuviera ni un principio ni un final, recubierta por la protección del túnel y las muchas tuberías y estructuras metálicas. Se ve, como si no hubiese nadie más aquí y bastara un solo movimiento para que todo se derrumbara sobre mi cabeza. Se ve, como si hoy transportara cobre y mañana transportara camotes contra los pacos.



Llegaron repentinamente. No los vimos bajarse de los autos y avanzar hasta acá con toda su música electrónica envasada en los parlantes, ni vimos el vino blanco que se tomaron antes de llegar, o el pisco sour, no se, supongo que toman siempre alcoholes blancos, como ellos, casi transparentes, para que cuando los beban no se les note por adentro

oscuro, como las camarones con esa línea negra en la micro espaldita. Supongo que comerán cosas casi siempre livianas también y lo más claras posibles, eso no lo sé porque no llegaron con comida. Solo vasos, muchos vasos, que iban dejando tirados en la tierra sin importar que se perdieran, iban por otro y así. Acá podremos no tener casa, pero somos bastante ordenados. Justo en frente vive Ginger, que cocina en una cocinilla con un galón de gas chico que tiene, y al lado hay dos o tres familias más con las que no nos hablamos mucho. Ellos tienen hijos y generalmente, tratan de no acercarse. Si se pasa frío, sobre todo en las noches de invierno, pero ya estamos acostumbrados. Es normal para nosotros. Nos hemos habituado a dormir tapados de pies a cabeza, como si estuviéramos adentro de una de esas cosas que se transforma después en mariposa, no recuerdo su nombre, no se cómo será el caso de los niños de los vecinos, que puede que estén destapándose siempre, bueno, de hecho por eso justamente, es bastante habitual que amanezcan ellos en el hospital. Yo estoy sola, vivo sola aquí, no soy adicta ni nada, tampoco vendo mi cuerpo, que es lo que todos piensan, vivo aquí porque en algún momento me harté, de todos, de todo, de ese trabajo de 8 a 6 que me volvía loca, según ellos me volví loca, se fugó mi cerebro, me disloqué, no me creyeron que yo estaba de novia con el actor, comediante, Sergio Domínguez, pero yo realmente estaba de novia con él, en fin. Para qué le voy a hablar de mi, si usted me preguntó por la fiesta que hicieron. Si, llegaron de repente, de la nada, cruzaron como quien cruza la neblina y ya traían la música prendida cuando los vimos, oímos llegar. Olían extraño. Olían a esos ascensores donde las personas se suben para ir a entrevistas de trabajo y vuelven con lágrimas en los ojos. Olía a fracasos exitosos. Había chicas que tenían

el pelo tan rubio y lacio, que parecía una fluorescencia, no sé si era yo, o veía sus cabelleras como anguilas eléctricas fuera del agua. Flacas, flacas, transparentes. Con unas ropas diminutas, seguramente de diseñador, aunque a mi esos temas no me interesan. Los chicos con los pelos un poco más alborotados, pero todos con el mismo corte, parecía que iban al mismo peluquero allá en el barrio alto, que los peinaba con una mecha de fuego y unas tijeras. Me ofrecieron un vaso, de esos que estaban tomando, pero no acepté. Qué se yo qué bichos tienen, si estos viajan por lugares, haciéndose los que hacen turismo inhóspito y terminan matando a sus sirvientas de una viruela extinta. En ningún momento me miraron a los ojos, a ninguno de los que estábamos ahí cuando llegaron, parecían envueltos en una estela, así como Júpiter con sus anillos. Alejados del mundo real, abstraídos. Ellos piensan seguramente que nada les puede pasar, por eso aparecieron así, de la nada, no tienen miedo a que les roben, ni a que les multen, ni a que les arresten, porque buscan peligro, necesitan algún tipo de emoción que les recuerde que todavía existen, que aún están vivos. Cuando empezaron a bailar, la cosa se puso de oscura a graciosa, todavía tengo en la memoria auditiva el murmullo que hacían tras la música alta, como una especie de voces parecidas a esa canción de Sumo, “la rubia tarada”, cuando comienza y se escucha el ruido de copas y personas con voces muy delgadas, acentos estirados que llegan hasta el techo. Pero aquí no había copas. Para qué tanta sutileza. Con los vasos plásticos alcanzaba y sobraba para que lo pasaran estupendo. Un buen rato estuvieron, diría que como una hora. Obviamente no fuimos nosotros los que llamamos a la policía, yo por lo menos no tengo ni teléfono. No quisiera tenerlo tampoco. Tal vez pasó por ahí un patrullero

y los vio corriendo hacia el puente, con sus mochilas haciendo un ruidito a vidrio golpeando. O quizás se delataron entre ellos mismos, alguno que se haya asustado o que estúpidamente le haya contado a su papito ministro dónde estaba la movida. Primera vez que llegan las sirenas y no es por nosotros. Casi no nos vieron, como si fuéramos parte del paisaje, hasta que llegó usted, con su camarógrafo y micrófonos y todos esos cables. ¿Qué más le puedo decir? No gané nada con eso y parece que no voy a ganar nada con esto tampoco ahora. Ya vio cómo no es cierto aquello que tanto dicen sobre el obrar y su correlación con las recompensas.



No quiero hablar sobre esto. Me da mucho miedo. ¿Usted no va a decir nada? ¿Me lo promete? Mi vida podría depender de ello. Yo lo vi, pero no se supone que diga nada. En teoría me estaban protegiendo. ¿Me estaban protegiendo? La situación fue confusa al principio. Yo estaba cargando gasolina en la misma bencinera a la que voy desde hace años, cuando un hombre apareció de la nada, por mi ventanilla, me apuntó con un arma, no pude ver su rostro porque tenía una media puesta en la cara, de esas de panty que se usan para ir a fiestas. Me asusté, intenté bajarme de inmediato, pero se me trabó la puerta de los nervios, no podía abrir la manilla. Apenas lograba entender lo que estaba pasando y de pronto escuché un ruido fuerte, seguido de otro y otro, en lo que pude distinguir como disparos, cuando el hombre cayó sobre mi ventanilla, mostrando una catarata de sangre saliendo por su espalda. Pegué un grito, que todavía puedo escuchar en mis propios oídos y vi las luces de las sirenas girando de un lado a otro. Una mano enorme,

tomó su cuerpo y lo arrojó al suelo, abrió la puerta y me sacó como si yo fuese también culpable. Me dejó parada allí, al lado del cadáver del hombre en sangre, con su media aun puesta en la cara. Miré para todos lados y vi que llegaban más autos con sirenas. El ruido creció. Me metieron en otro auto. Y aquí estoy. No se más nada. Tengo una sensación muy rara y me da miedo, porque realmente no alcanzó a abrir la puerta, ciertamente le hubiera dado el auto y que se lo llevara, antes de quedarme con la imagen de verlo ahí, sobre mi ventanilla, muerto, con la sangre que no paraba de salir, como si no valiera nada. Tan de repente. Si me hubiese estado violando no lo mataban. Seguro le pedían amablemente que se detuviera. O peor aun, ni siquiera lo hubiesen visto aunque le pasaran por al lado. Pero lo vieron robando un auto y eso si que vale. Arremetieron contra el pobre, como si no hubiese tenido una historia que contar. No digo que ni fuese a hacerme algo grave y que hubiese podido ser terrible para mi, pero acribillarlo así, a sangre fría, sin haberle pedido si quiera que soltara el arma, como en las películas, o cualquier tipo de advertencia. Qué fácil es disparar, con qué osadía. Cuántos meses los entrenan para que con tanta habilidad, gatillen sin pensar, sin temer, sin remordimiento.



Escucho el sonido de una herramienta eléctrica. Suena tan fuerte que imagino se trata de una especie de sierra o galletera. Lleva un largo tiempo cortando algo, que por lo agudo, debe ser un fierro o un caño. Posiblemente esté haciendo una reja, una más de las que construyen los vecinos por la zona ante el miedo de que alguien ingrese a su casas y les roben los televisores viejos que guardan para el verano. Hay

algunos que probablemente guarden otras cosas, cosas de valor, boyas, objetos preciosos encontrados en el mar, alhajas, cajas, joyeros, copas, vajilla, tenedores, cuchillos, cucharas, ropas finas y delicadas que se verían poco probables puestas entre las orejas de quien vive en la población. Las diferencias de clase pueden escucharse hasta en el sonido de las herramientas a lo lejos, en lo que cortan las galleteras, para qué y con qué función. Mañana sonará la pistola de un viejo matando a otro, porque saltó a su patio buscando algo que robarse, porque no podía, porque necesitaba no necesitar, porque finalmente necesitó.



Mi nombre es Germinal. Tengo el cabello rubio, un poco opaco. Me corto el pelo, dejando muy poco en los costados y bastante arriba, como una especie de jopo bien engominado. Mi nariz es, ciertamente, enorme. Por lo menos cinco centímetros abajo, y arriba, permitiendo fluir a una mini motocicleta, o a un mini barquito de papel, mi nariz parece una cinta de moebius, podrías viajar en ella, de norte a sur, de este a oeste, sin ningún fin. Mis ojos son azules como el mar, cristalinos como las batallas que se han ganado. Buenos, como nada más. Intensos. Volados. Cada vez que abro la boca lo hago para dar un inteligente comentario que haga reír a los demás. Y es que tengo esa adicción. Me gusta, disfruto, generar el hábito de la risa en otros, que en el fondo, es la generación del hábito en mi mismo. Me llamo Germinal. Puedo hacer germinar todo tipo de plantas, pero escojo con satisfacción las plantas de marihuana. Hay un arte en cosechar. Extraer de la tierra los cultivos que nos permiten florecer a nosotros, como si fuéramos partícipes de

un modo o del otro, de la escena que se está fecundando. Mis padres me pusieron germinal, porque consideraron que yo soy el fruto también de la tierra, de la naturaleza, de la vida misma. He crecido tanto que alcanzo el metro ochenta, para acercarme más y más al sol, para convertirme yo mismo en un girasol gigante que nace de la tierra y nunca alcanza la luz, para no quemarse. A la distancia perfecta estoy, soy Germinal.



Soy Úrsula. ¿Me conocen? Dieciocho denuncias le hice. Pero es policía. ¿Quién va a hacerle algo? ¿Quién lo va a tocar? ¿Sabes cómo fue? ¿Cuántas puñaladas me clavó? ¿Lo que pasó con mi amiga? La mataron de un tiro en la cabeza cuando fue a pedir justicia a la misma comisaría donde estaba él. ¿Sabes quién es él?



Me llamo Luis. Luis Beiza. Vengo a hacer una denuncia. Estaba caminando, hace unos minutos, la noche era oscura. No me vaya a preguntar qué tenía puesto, porque soy hombre y obviamente, peligro de violación no había, iba caminando, tranquilo, era tarde, cuando se detuvo un auto de policía. Al principio no me di cuenta, venía con la luz baja, circulando despacio, casi desapercibido, luego, cuando estuvieron cerca, prendieron por un momento la sirena y pude notar que eran ellos, por los colores de las puertas. Se bajó uno, me tiró contra la pared, e intentaré ser lo más objetivo posible, él tenía una especie de aparatito negro, que le entraba en la mano y daba la corriente. Me lo aplicó dos o tres veces seguidas en los genitales, después me lo aplicaba en las

tetillas, en las axilas, seguía y seguía, era tan doloroso que perdí la noción, me lo empezó a aplicar en el corazón, no paraba, no paraba. Yo sentía que estaba en manos de alguien con un muñeco vudú, que pinchaba y pinchaba justo en el centro de mi corazón, nunca lo sentí tan fuerte, nunca sentí su existencia hasta ese día, por lo tirante, me desgarraba. Hasta que mi corazón se detuvo. Y cuando se detuvo lo vi hacer, la cosa más común para un Aníbal Lester, sacó del bolsillo de su chaleco una navaja, la abrió con un click, me la apuntó a la cara y después lo clavó justo en el costado izquierdo, en la costilla, lo penetró profundo y después subió, subió casi hasta la clavícula. Ya no pude ver lo que estaba haciendo. Pero se que tomó mi corazón, y lo arrancó con fuerza, como a Pedro de Valdivia cuando los mapuche le arrebataron el corazón y se lo comieron para absorber la fuerza de sus enemigos. Pero este paco mal nacido no pudo absorber ni mi fuerza ni mi nada. Lo echó a una bolsa y lo tiró al río, como si no valiese nada, como si la canción de Gilda “se me ha perdido un corazón” fuese una ironía, un chiste para hacerme, de mal gusto, desagradable, pero realista, no una comedia, sino una tragedia. ¿A dónde está?



El problema con Indiana es que siempre trae heridas. Y yo no soy enfermera. En un momento pensé en hacer un curso, estudiar, prepararme mejor, para poder contenerlo cuando llega a casa. Pero, aprendí lo básico, dos o tres cosas, uso Povidona, una gaza, y cuando lo veo entrar me le tiro encima aunque le arda. Si, le arde. Nada le duele menos eso. Se hace la víctima. Y pone esa cara de haber chupado un limón con la nariz. Me molesta que lo haga. Bueno, en realidad, me

molestan muchas cosas de las que hace. Como cuando duerme, y ronca, y su espacio personal parece ser mucho más enorme de lo que necesita ocupar en realidad. Se imaginan que si en el transporte colectivo van ocupando tanto espacio, aquí en la casa parece que no entrara. Eso no sale en las revistas. En esas de decoración, donde aparecen las casas bellas, preciosas, ordenadas, brillantes, con esa armonía de la luz, de los elementos. No sale el momento en el que llega él, con las botas llenas de barro y marca el parckett con sus huellas indecentes. No salen todas sus cosas botadas por el suelo, en lugares diferentes, como si abarcara todo el espacio, como si fuera enorme, infinito. El sombrero colgado en la pared. Las botas en el suelo. Los bolsos en la entrada. La chaqueta de cuero que deja caer sobre el sofá.

A veces cuando por fin se sienta, pienso que se va a volver a ir en cualquier momento. Siento que es como un gatito, al que debería ponerle aceite en las patitas para que evitar que se quiera marchar, para evitar que desaparezca en cuanto abra los ojos. ¿Qué aceite servirá para él?

Ha sido una rutina agobiante, por lo demás estresante y cansadora, sinceramente no tengo muchos momentos de sentirme bien. Sobre todo considerando que él casi no me toca, aunque ese es un tema privado. Llega a casa envuelto en una nube de polvo. Parece como si atrajera tela arañas con los codos y las alas del sombrero. A veces compro directamente dos o tres ceras, de esas que venden en el supermercado, color café, para lustrarle tanto el sombrero como la chaqueta. ¿O ustedes creen que esa chaqueta se limpia sola? Tengo que frotarla en cera hasta que tome nuevamente su tono café tan característico, porque

sino, empieza a palidecer y ya no da ese tono brillante ante las cámaras, se pone más bien blanco. Nunca fui al set, no. Eso es para las estrellas. Yo lo espero acá, pero cuando llega, no se parece tanto a las películas. Está de mal humor, cansado, claro, muchas horas trabajando. Imagínese la cantidad de esfuerzo físico que tiene que hacer, subir, bajar, disparar, meterse en pasadizos secretos. Todos esos pasadizos son reales, ¿sabe? Muchas veces lo llevan a lugares lejanos y me lo devuelven dos o tres días después, envuelto en ese polvillo, ¡y las tela arañas! Que se pegan por todos lados. No es nada igual. No es que no lo pueda hacer. Ni que me hubiera pedido que le abrillantara los dientes, esos que deja en la mesita de noche bañándose en un líquido espeso. ¿Si le amo? Por supuesto que si. Él combate contra los nazis, contra esos malvados rusos y hasta con los árabes, musulmanes, ya usted sabe. Ha bebido incluso de la misma copa que bebió Jesús, o sea, se le ha otorgado la inmortalidad, ¿cómo no amarle? Además sino le amo, puede que me persiga con ese látigo con el que anda y bueno, no creo que le tiemble la mano al ahorcarme, puesto a que ya lo ha hecho otras veces, es que se enoja el pobre, no es culpa de nadie, viene muy estresado, a veces está durmiendo y pega unos saltos, grita palabras que no entiendo y pone caras. Caras como de estar cruzando un puente de palos o se retuerce como si hubiese tomado un veneno. O como esa noche que soñó que lo atacaban las serpientes y buscaba estirando la mano hacia el techo, alguna liana. “No hay lianas en casa mi amor”, le decía yo. “Tampoco hay serpientes, sino oírías el cascabel”.



¿Estás afuera Jeanette? ¿Esa señora una vez más? Pero si son las tres de la mañana. ¿Qué clase de cruel bestia deja afuera a una niña a esa hora? ¿Te ayudo a entrar? De seguro tiene que haber una endija o alguna ventana a medio abrir que podamos forzar. Algo de eso aprendí en el correccional, cuando abríamos las puertas con un trocito de alambre para poder escapar. Te puedo ayudar. Confía en mi. Una vez adentro, nadie notará que te escabulliste, todos duermen en la noche negra, excepto los depredadores, que aprovechan la oscuridad para atacar. ¿Y si alguno te acecha ahora Jeanette? Qué valiente eres. En el frío de la puerta, no duermes, respiras como puedes. ¿Dónde fue tu madre? ¿Qué depravada sociedad la arrojó a creer que dejarte en manos de esa mujer podría salvarte? Si ella supiera que estás ahora afuera, al frío, en mitad de la noche, no dudaría en venir a tu rescate. Supongo. No te preocupes Jeanette, no te dejaré sola. Tomaré tu mano con fuerza, aunque arranques la mía por descuido, descociendo mis costuras.



Su madre. Su padre. Su tío Javier. Su abuelo. Su hermano mayor. Su hermana menor. Y ya el padre de su abuelo se dedicaba a eso. Se comienza por armar su propio tambor, se le agregan platillos, con unos pequeños pinceles y colores se decoran todas las partes de madera posibles y se practica mucho. La clave y el secreto es, la práctica. Horas y horas de girar y golpear, patear para que suene el tambor, abrir los brazos dispuestos como alas, cerrar, golpear, dar vueltas. La vestimenta también corresponde a una vieja tradición, chalecos, zapatos, sombreros que también usan las mujeres. La banderita que flamea justo

en la cima del tambor. Se fueron enseñando el oficio. Los núcleos familiares, se transformaron en transmisión cultural, para bien o para mal, y en este caso, llegaba hasta la más pequeña, la imagen de las vueltas y vueltas, que daba ya el tatará-abuelo. ¿En qué pensarán cuando giran? ¿Se detendrán en el tiempo, de generación en generación, subsumidos en el pozo profundo de la determinación socio-histórica? De generación en generación. Girar.



Caminé una cuadra entera. Me pareció más larga que nunca. Llegué hasta el final y bajé a un subsuelo, que se marcaba entre escaleras y grafitis. Al cuarto escalón me detuve. Giré la cabeza. Miré para atrás y decidí retroceder. Volví sobre mis propios pasos, uno tras otro y fue entonces cuando le topé de frente. Me había estado siguiendo, como una sombra, por senderos y carreteras. Me había seguido toda la vida.



La primera vez que la vi estaba sentada en una silla, como tenía la mirada muy fija en ella, bien podría haber estado en París, Tokio o las calles de una ciudad inmunda, que no habría podido notarlo. Ella hipnotizaba. El resto se volvía humo, como esas fotos con efectos que difuminan el paisaje para destacar a la modelo protagonista. Ella parecía un retrato. No porque tuviera un gran sombrero rojo o un vestido de seda dorado, no por su sonrisa a lo Mona Lisa o por tener rasgos adaptados a la cultura local, ella destacaba por sus palabras. Cuando decía algo, al principio nadie la escuchaba, dos o tres palabras. Nadie escuchaba. Cuatro o cinco palabras y nada. Pero luego de diez palabras

ella era la líder. Tenía ese don. Manejaba la materia como si fuera su elemento. Sin ella no hubiera triunfado nunca la Comuna. Logró vencer a las fuerzas avasallantes de Versalles ella sola. Casi. En medio de la balacera. Barricadas resueltas en la ciudad, apostados los obreros armados por cada esquina, ella, se levantó sus faldas manchadas por la suciedad del suelo que parece tinta derramada al pasar, y dejó ver sus bellos púbicos, que se mecieron al sentir el aire fresco. No sé el nivel de detalle, pero dicen que apretó tan fuerte sus labios vaginales, que las balas se detuvieron y dejaron de tronar los cañones. La soldadesca arrojó sus bayonetas al suelo y como un solo hombre, cayó rendido el enemigo a los pies del poder naciente, más imponente de todos.



Contestó el teléfono, y del otro lado de la línea sonó: “-¿Alo?”. Esta no era una de esas tantas llamadas de la compañía de teléfonos. –“¿Quién habla?”, le contestó. “-¿Está Stella?”, preguntó una voz de mujer. –“No, número equivocado”, le respondió, sin saber que ese sería el único cruce que tendría con el amor de su vida. El destino no es para todxs.



Hablé con Dios en el cielo, le rogué, le supliqué, le pedí que me salvara. Esperé, cualquier señal, una palabra, el vínculo que da el aliento. Pero él no tuvo tiempo de rescatarme a mi también, había tanta pobreza, tanta soledad, tantas adicciones, que se dedicó a otros y a mi me dejó caer. Tuve que aprender a rescatarme sola, en la noche de tinieblas, al filo del cuchillo. Me salvé sola.



Caminaba entre los cerros, cuando vi una garita, con velas, cuadrada pero con un techo en forma triangular. Repleta de flores artificiales y una inscripción a nombre de Rubén Contreras. Sobre la base de cemento, alguien enterró unas herramientas de trabajo, una cinta métrica naranja, que parece no haberse corroído por el sol, y unas puntas con tornillos y tuercas. Alguien quiso a Rubén como un obrero. Le vio como un obrero. Ni zapatillos de niño, ni angelitos, ni gauchitos giles. Era un obrero. Con su cinta métrica, que no se marchita, como las flores plásticas.



La leyenda urbana dice que se los comían. Pero yo no creo en leyendas. Los llamaban los “garroteros”, ¿se imaginará usted por qué? Andaban al galope con un garrote que usaban para ajustar las cuentas con los opresores. No se equivoque. Algunos también traían hachas, horquillas. Usaban básicamente, cualquier objeto contundente, tendientemente puntiagudo. ¿Quién puede culparles? En una época de vacas flacas.



Nunca hay silencio acá. Es la radio que emite las veinticuatro horas de todos los días. Haciendo el sonido de fondo. El mar. Y el ruido de subir y bajar, constantemente, al que ya me acostumbré, es mi papel, mi trabajo. Abro y cierro las puertas. Bajo y subo. Del primer piso al subsuelo. No hay más. No es como esos edificios muy altos, que tienen veinte pisos, treinta, cuarenta, mil pisos. Suelo y subsuelo. Dos niveles. No hay más, como un edificio chico, pequeño, de los que tienen el techo humedecido y no han recibido una pintada en años. Se podría decir, si,

con toda pedantería, que soy la guardiana del subsuelo. La reina del subsuelo si se lo quiere. Con toda pedantería. Aunque la arrogancia nunca me ha traído provecho, diría que al contrario. Cada que he sido arrogante yo en la vida, me ha caído encima un piano, simbólico, por supuesto. ¡El tremendo piano! ¡El terrible piano!. Prefiero guardarme de la arrogancia. Así que solo me hago llamar a mi misma, guardiana del subsuelo. Trabajadora. Uso este chaleco naranja reflectante que hace ver que es verdad. Y soy la única que tiene la propiedad de tocar la palanca. No metafóricamente, nada con el pene. La palanca, la verdadera, la que sube y baja, con toda la mecánica. ¿Hace cuánto habrá inventado esta mecánica? Con todos estos ruidos. Engranajes chaplinescos. Subo y bajo. Sube y baja. Cambia la temperatura y sobre todas las cosas, cambia la luz. Hay que saber adaptar los ojos. Se demora una, años, en aprender, nada más que adaptar los ojos al cambio repentino, constante, de la luz. Prendido, apagado. Apagado, prendido. Ni las criaturas más astutas de la naturaleza son capaces de hacer eso. El ojo se desarrolla, se vuelve como de gato, con las pupilas dilatadas, como la revolución permanente. Hay algunas luces tipo neón abajo y una oscuridad en el sol de arriba. Condenada a no parar. Como si mis manos hubiesen sido hechizadas para este andar, sin interrupciones. Seguramente ha de ser un PSICOPATRÓN.



¿Por qué digo pisando las calles, como si fuese la autoridad decidida por una multitud de invisibles? De muertxs, inexistentes, borradx.

¿Por qué sigo sintiendo el peso de un chaleco que no tengo, hasta las rodillas, que no uso, de invierno, cuando es verano?

¿Qué tan napoleonónico se puede ser en el siglo de la inteligencia artificial? Hay más napoleónicos por derecha.

Pero sigo sintiendo que vienen detrás, o al frente, o al costado.



Como Hellen Keller, no puedo ver ni escuchar, solo puedo olfatear. Vivo frente al mar, en la cima de un cerro arbolado, sin faroles ni alcantarillados. Cuando un volcán entra en erupción en el Japón, puedo olerlo al otro día, como si viajaran, en la distancia, en las partículas de aire, los aromas. Cuando hay lucha de clases, zaz, puedo olerla al otro día. Es el sudor de los cuerpos, las balas y bombas lacrimógenas, la hediondez de la represión. Se acerca un terremoto y mi nariz lo capta al vuelo. No necesito ver. No necesito oír. Mi tabique es mi armadura. Una antena para captar la sensibilidad del mundo. Puedo olerles si vienen en caza de brujas, con antorchas encendidas. O si vienen con altares o Cristos para crucificar. Con o sin camisa, puedo olerles, ayudada por la mar. Que me trae las partículas. ¿Qué olor tendrá la caída de este Imperio? Ya me lo dirá la mar.



Siempre llegan. Invariablemente. Si el tono de voz es alto, se ubican a más de un metro de distancia y si es bajo, chocan cuerpo con cuerpo, para poder escuchar mediante las vibraciones de la piel. No entienden las palabras, pero se guían por la entonación. Nadie tendría el valor de

atacarme. Saben que se está leyendo algo importante, algo clave, algo imperecedero. Si es “El Quijote de la Mancha”, miran directo a los ojos. Si es Marx, miran hacia el horizonte, como viendo venir el porvenir. Si es Virginia Woolf o cualquier mujer, mueven las orejas, señal de estar alertas.





- Hola Génesis, ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

- Hola Carlos, estoy en el medio de lo que fue un campo de batalla entre la clase obrera y la burguesía... En donde la fuerza obrera resultó vencida, la burguesía triunfante y solo queda en alguna parte entre las barricadas, el pedacito de una bandera, que fue quemada, aplastada, estirada, pisada, como si mi única tarea histórica fuera, mi único papel ahora fuera, encontrar ese pedacito entre un montón de escombros... ¿Y vos, cómo estás?

- Todo bien, che.



DANA HARTY



181221

[WWW.DANAHARTESCRITORA.COM](http://WWW.DANAHARTESCRITORA.COM)